

## Editorial

# El Quijote y la psiquiatría o el elogio de la locura

Manuel Quijano

Es perfectamente sabido y aceptado que la Celestina, la alcahueta, Don Juan de Mañara, el seductor, Hamlet, el indeciso, Otelo, el celoso o Werther, el romántico y varios otros personajes de la gran literatura, entre ellos mi ancestro Don Alonso Quijano, el Bueno, transformado en loco idealista, se convirtieron en símbolos, en paradigmas de características humanas reales, casi más que reales, y sus nombres son utilizados para designar inequívocamente esos caracteres. Y todos ellos han sido abusivamente analizados e interpretados por toda clase de críticos, psicólogos, politólogos, aficionados a la biotipología, directores de cine o teatro y muchos más.

Probablemente no existe libro profano que haya suscitado mayor derroche de tinta de imprenta que el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, para que glosadores, analistas, comentaristas y hasta psiquiatras viertan interpretaciones, alusiones ocultas, fantasías peregrinas o respetuosas y sensatas opiniones entusiastas. Lo cual es perfectamente explicable ya que nadie deja de considerarlo el mejor libro escrito en lengua castellana, elegante, lleno de "donosura" (para emplear un término de su momento), que exalta los más nobles ideales, saturado de filosofía práctica y cuya forma expresiva alcanza los más elevados límites.

Los amantes de la interpretación psicológica que abundaron a mediados del siglo XX se han referido a toda clase de pasajes, frases y episodios atribuyendo al autor un fin oculto, un poco esotérico y no se han detenido en colgar diagnósticos e ilustrarlos con sucedidos de las andanzas de Don Quijote que colocan, como ejemplo, en los capítulos de los tratados de enfermedades mentales; y los actuales anticonformistas profesionales hacen un paralelismo exacto del caballero de la triste figura con los luchadores sociales y líderes revolucionarios. Todo ello diferente, o cuando menos añadido, a la expresa motivación consignada por Cervantes mismo en el prólogo, de "dar el golpe de gracia, mediante el ridículo, a los absurdos disparates y a la autoridad y cabida que tienen en el mundo y en el vulgo, los libros de caballerías".

Además, Cervantes desea divertir al lector pues en el mismo mencionado prólogo quiere que al leer su historia "el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto admita la invención y el grave no la desprecie..."

En la segunda parte, cuenta el autor Cide Hamete Benengeli a Sansón Carrasco de un pintor tan malo que al pie de la pintura de un gallo debía poner con letras góticas "esto es un

gallo"; y agrega que así debe ser su historia, y que se precisará de un comentario para entenderla; a lo que Carrasco contesta que su obra es tan conocida que niños, palurdos o adultos letrados, cuando ven un caballo flaco dicen: "ahí va Rocinante". Como diciendo que las explicaciones sobran.

Todo esto viene a cuento porque desde que éramos estudiantes había profesores, literatos y filósofos, supuestamente entendidos en psiquiatría, que se deleitaban diagnosticando el trastorno mental del caballero y de su escudero. Afortunadamente, habíamos recibido previamente la vacuna eficientísima del Maestro Castellanos Quinto enseñándonos lo que siempre ha sido la más socorrida interpretación (y con seguridad, la más atinada), la que convierte al magnífico señor Don Quijote en la encarnación del idealismo y en la contraparte de la estulticia de la nobleza y la mediocridad de la burguesía, la víctima incomprendida de la gente de aldea (cura, médicos, legistas y notario incluidos) y del burdo materialismo plebeyo. Aclaro: no les falta razón a los intérpretes mencionados arriba, pero pecan de reduccionistas y maniqueos. Es más, el psicoanálisis que tanto deslumbró a mediados del siglo pasado, fue considerado desde su inicio como algo más que un método de diagnóstico y terapéutica, como un movimiento cultural que repercutió en todos los dominios del intelecto: la literatura, la religión, la historia del arte, la pedagogía, la historia, la mitología, el folklore... Y el propio Freud se amamantó en Sófocles, Esquilo y Shakespeare. No nos queda, pues, sino aceptar que la literatura es el gran surtidor de material psicoanalítico.

Por otra parte, no es posible olvidar que el propio Cervantes advierte que su personaje es un loco; que por devorar tantos libros, por poco dormir y mucho leer, se le secó el cerebro y le dio por creerse caballero andante, redentor de los desvalidos y menesterosos y defensor de los tristes y perseguidos; y que confunde molinos de viento con gigantes, o ventas con castillos. Pero se alternan períodos de normalidad con los episodios de psicosis; se van intercalando los trances de cordura con los de fatuidad y tontería; a veces se duele de los golpes que le propinan y otras, con la conciencia del yo totalmente distorsionada, se imagina ser otra persona y rinde amor y poéticos versos a su Dulcinea.

Repito, creo que exageran los psiquiatras aficionados al indagarle epítetos psicopatológicos como esquizoide, esquizofrénico, paranoico, autista, ciclotímico etc. Personalmente, creo que todos esos diagnósticos pueden ser parcialmente correctos pero

no constituyen lo esencial del personaje ni de su vida. Es preferible quedarse en el siglo XVII y llamarlo loco a secas. Es decir, que padece de esa humana y sublime locura, la misma que a tantos nos aqueja cuando nos obstinamos en creernos poetas, escritores, filósofos, atinados diagnosticadores, hábiles cirujanos o simplemente liberados de la mediocridad; porque ese loco conquista nuestra simpatía, mientras que los que lo rodean, los que nos rodean, los que se burlan de él, o de nosotros, no son otra cosa, en nuestra opinión como en la del caballero de la triste figura, que “mentecatos, mezquinos y despreciables plebeyos”. Su locura es descubrir la corrupción de su alrededor, la altanería de los grandes, la avidez y la abyección de los subalternos, las intrigas de los mandatarios. Su honrada ingenuidad lo hace refugiarse en la fantasía heroica donde encuentra satisfechos sus ideales de caballero enamorado y sin miedo.

Los amantes de la clasificación DSM-IV, ese rígido inventario de los padecimientos mentales impuesto por la Sociedad Norteamericana de Psiquiatría, meten inclusive a Sancho Panza entre sus líneas y capítulos; lo han calificado de depresivo, atormentado y temeroso, cuando sus consejos son exclusivamente prudentes. Si consideramos que Don Quijote es el introspectivo, el antipragmático, desconectado a ratos de las realidades de tiempo y espacio, el gordo Sancho es la normalidad absoluta, carente es cierto de vida interior, pero no tan tonto como para no saber aplicar sus refranes atinadamente a cada paso. Cuando gobierna en su ínsula barataria sus órdenes son sensatas y tranquilas; sólo se revela contra su

médico que le prohíbe casi todos los alimentos, unos por secos y calientes, y otros por húmedos y fríos, cuando sabe que las pocas alegrías que espera de la vida sólo podrá obtenerlas a través de su glotonería.

Me corrijo, pues nada menos que Erasmo de Rotterdam, aporta otro punto de vista y afirma que la locura está en todos y en todas partes, desde los niños y es ella la que les da encanto, hasta los viejos cuya pesada carga nadie soportaría, sin la ayuda de aquélla. Es más, se atreve a asegurar que “si los mortales rompiesen todo contacto con la sabiduría y viviesen en la locura, no envejecerían”. Erasmo utiliza las mismas armas que Cervantes, el humor. Todo su Elogio de la Locura es una intencionada y profunda sátira, bastante divertida, de las ideas prevalentes en su tiempo y, con amenidad, pasa revista a las ocupaciones humanas y sus placeres.

La locura es protectora: se la encuentra en la sabiduría, en el heroísmo, en los guerreros, en los jugadores, los supersticiosos, los orgullosos, los nobles, los artistas, los codiciosos, los gramáticos, los teólogos, los frailes, los dignatarios, los cortesanos y los súbditos. Y también en los serios profesionales de bata blanca. Erasmo era un sagaz observador y distingue dos clases de demencia: una que procede de los malos espíritus y enciende el ardor de la violencia, de la agresividad, la sed de oro o de notoriedad, los amores vergonzosos etc. y la otra que emana del yo...y es el mayor bien que puede anhelarse; nos proporciona la ilusión del libre albedrío, los deseos ardientes y puros y nos sumerge en el océano del deleite.